

tica en el curso de su desarrollo y que constituyen el conjunto de expresiones disímiles, pero aunadas por esa red de posibilidades artísticas que se integran en el realismo. Creo que en esta última palabra, **realismo**, convenientemente liberada del epíteto **social**, nos da la clave del sentido de la antología.

La principal pega que puede ponerse a una obra de este tipo es la de que en razón del número de poetas considerados en tan breve espacio —casi setenta en un total de doscientas treinta páginas—, el lector sólo se forjará una opinión muy general de la orientación de la poesía soviética de estos cincuenta y tantos años, sin que pueda empero calar en el universo particular de ninguno de los poetas representados. Los dos poemas recogidos de Vosnesenski, «Secoya Lenin» y «Baños siberianos», por ejemplo, no pueden darnos más que una pálida idea de la importancia real de este poeta, cuya obra, marcada por un fuerte acento surrealista —ausente prácticamente de la poesía soviética posterior a 1930—, nos recuerda la frescura de inspiración de los comienzos.

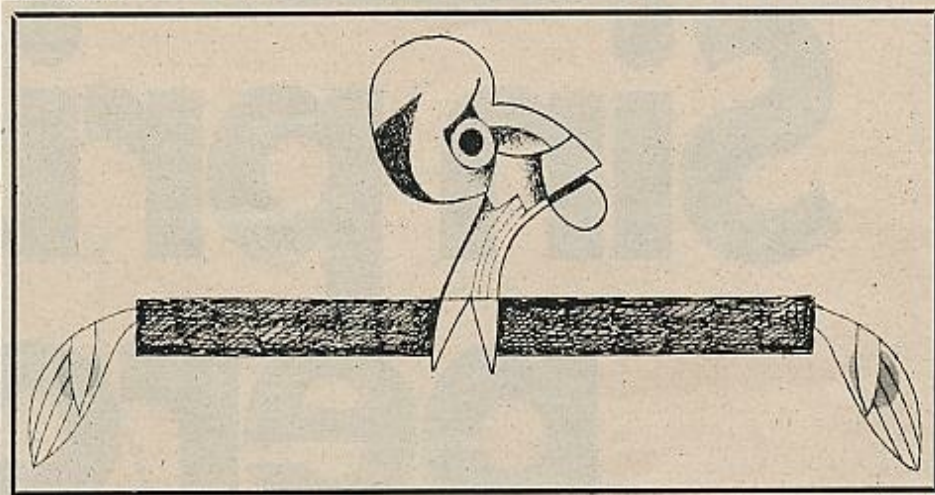
Esta «Antología de la Poesía Soviética» tiene, por el contrario, el aliciente de ofrecer versiones en su mayor parte realizadas a partir de traducciones literales por especialistas de poetas, y escritores en general, españoles y latinoamericanos, como Alberti, Angel González, Celaya, Caballero Bonald, Arconada, Blas de Otero, Nicanor Parra, Carlos Álvarez, José Santecreu, Javier Alfaya, etc., que se han preocupado de adaptar los ritmos y metros de la poesía rusa a los propios de nuestra poesía, tarea en absoluto fácil. Se trata, con todo, de un experimento interesante. ■ JOAQUIN RABAGO.

Antología de la Poesía Soviética, a cargo de Alexander Nakarov. Ediciones Júcar.

«Juan Ramón Jiménez», de Angel González

La colección **Los poetas**, de la editorial Júcar, se ha ido perfilando como una idea inteligente y oportuna: revisar a algunos poetas, españoles o no, conflictivos y contradictorios siempre, desde perspectivas nuevas o personales, desde supuestos inéditos o no habituales (véase el **San Juan de la Cruz** de José Luis L. Aranguren o el **Espronceda**, de Guillermo Carnero), es una aventura muy digna de tener en cuenta. **Juan Ramón Jiménez** nos llega de la mano de Angel González (1). No voy a detenerme en esta cuestión, que agudamente deslinda el autor nada más comenzar su trabajo, pero vaya por delante el hecho repetido y significativo de la intermitente negación y aceptación por las que ha pasado Juan Ramón, se-

(1) Angel González, **Juan Ramón Jiménez**. Ediciones Júcar. Madrid, 1973.



gún han ido soplando los vientos literarios, y el escaso y perezoso entendimiento de su poesía y de su actitud literaria.

Para Angel González, la obra de Juan Ramón Jiménez se muestra como «una irresistible tentación», a causa de su «refinamiento en el plano expresivo, sin superación en la poesía moderna española». Por ello, nuestro autor prefiere aparecer en este trabajo, completísimo aun en su concisión, como un lector que nos transmite sus impresiones, que, como tales im-

presiones personales, pueden ser discutibles; que constituyen, dice, «una sugerencia que no pretende interferir la libertad de otros lectores». Lo que nos permite, al finalizar la lectura, encontramos ante una serie de incitaciones al diálogo, al comentario, a la discusión. Y cuando esto sucede con un poeta como Juan Ramón Jiménez, del que tanto se ha consagrado, no nos queda otro remedio que considerarlo como una muy buena señal.

Muchos serían los

puntos que merecen atención detenida, pero trataré de fijarme en aquellos que suponen una clarificación de las perspectivas críticas habituales, o que son el despertar de unos temas dormidos tras la insistencia en unos reiterados elementos de juicio. Por ejemplo, la reducción de la biografía juanramoniana a dos momentos clave: la infancia afortunada (traducida en la serena y gozosa posesión contemplativa del mundo, de tanta trascendencia en la personalidad poética del escritor) y los tres

viajes por mar (el del año 1916 para su boda; el de 1936, camino del exilio voluntario, y el de 1948, que marca la culminación de su obra, que marcarán otros tantos momentos decisivos de su obra. Y junto a ello aparecerá el análisis de esos temas fundamentales de su poesía: la unidad y la búsqueda de la perfección unitaria, a lo largo de la constante lucha con la expresión; el proceso consiguiente de la desnudez de la poesía, todo ello explicado por Angel González con una precisión que no es habitual entre los exegetas del poeta de Moguer:

CANARIAS: UN PLAN CULTURAL

Se ha anunciado en las islas la redacción de un anteproyecto de plan regional de acción cultural, que sería llevado adelante por las dos Mancomunidades de Cabildos, y que podría recibir anualmente 500 millones de pesetas a cargo del presupuesto de ambos organismos. Los trabajos de consulta se encuentran ya adelantados, aunque aún el proyecto ha de pasar al trámite de información pública.

En unas islas que sufren un alejamiento secular de las fuentes culturales, que aún en 1974 padecen un índice de analfabetismo real superior al 20 por 100 (el 30 por 100 de los mozos de la región no saben escribir ni leer, según datos tomados en el CIR), que viven una modorra ancestral por su pertinaz subdesarrollo y la gran distancia de los centros de cultura peninsulares, el mero anuncio de tal proyecto ha provocado la expectación de unos y el escepticismo de los más. ¿Por qué? Pues porque no acaba de nacer siquiera esa formulación previa y ya surgió el escorzo de la incógnita, la duda latente, la esclerosis ante un planteamiento que parece radicalmente insuficiente, no alejado de una concepción de cultura «mortuoria», necrófila y, por ende, triunfalista y excesivamente alejada de las coordenadas auténticas de nuestra vida.

Hasta el momento tampoco ha sido consultada una base amplia para aportar sugerencias y esquemas del plan. Parece que todo se discute por unas componendas que trabajan en un secretismo sospechoso. Lo lógico —y lo aconsejable— sería llamar a cuantos tienen algo que decir, algo que aportar. En Valencia, los Premios Octubre han supuesto toda una llamada a la regionalización de una cultura con unos di-

neros ínfimos, pero con una capacidad de convocatoria increíblemente extensa.

¿Qué va a ocurrir en las islas? El hecho de que varios cientos de millones de pesetas sean puestos al servicio del plan hace plantear todos los temores. Temores, por ejemplo, de que el pretendido plan se convierta tan sólo en una inyección monetaria a unos usos culturalistas desfasados. Intentar hacer lo que siempre se hizo (conferencias, exposiciones, congresos galdosianos, semanas americanistas, homenajes a los vates desaparecidos, ediciones que huelen a rancio por los cuatro costados, los ciclos de confrontación de unos criterios vetustos de análisis histórico), olvidándose —siempre— el legado arqueológico de la región, la promoción de la cultura «popular», el cuidado de actividades autóctonas, como la artesanía, la dedicación a las áreas rurales, el rescate de tantos nombres ahogados bajo la lápida de la posguerra, el fomento de la investigación científica e histórica, la empresa de clarificar nuestro «ser histórico» auténtico, la realidad de un plan de ediciones que fomenten la creación de aquellos que encuentran dificultades para llegar a Madrid y Barcelona, el poner las salas madrileñas y barcelonesas —así como las extranjeras— al alcance de los pintores nacidos en esta latitud, el estímulo de aquellos hombres que aun pese a las dificultades hicieron acto de presencia cultural en el transcurso de los tiempos; soslayar eso, en suma, sería inaceptable. Buena ocasión esta para ampliar la consulta, huir de la capilla clíptica y exclusivista. Claro que aún hará falta esperar a los hechos, por ver si éstos confirman la esperanza o la entierran definitivamente. ■ LUIS LEON BARRETO.

Paralelamente a su afán de desnudez, muestra Juan Ramón Jiménez su deseo de prescindir de la forma, de anularla, de dejar la esencia poética no sólo desnuda, sino también errando, libre, en la indeterminación de un verso abierto, no sujeto a ninguna norma previa, nacido a la vez que la idea poética que sustenta, sin otra función que expresarla.

Me interesa destacar la objetividad con que, a pesar del amor confesado por la obra de Juan Ramón, se enfrenta Angel González a su estudio. Así puede deslindar perfectamente los valores expresivos del poeta, aun frente a las constantes acusaciones de egocentrismo individualista que ha padecido (y González nos explica con claridad esta cuestión de la soledad y la negación de todo contacto con el mundo exterior en Juan Ramón), reafir-